

LOS QUIJOTES

Precios de suscripción

Publicación quincenal

25 ejempls. 75 cts.

Un año, ... 1,50

Administración: P. S. J. e del Comercio, 8.--Madrid

Núm. suelto 5 cts.

¿Porqué no trabajas?

Trabajador incansable fui, trabajé, no como hombre, sino como bestia de arriero pobre; pero aquel exceso de trabajo me hizo descansar un día para siempre.

¿Porqué? No lo sé; pero lo que sí recuerdo es que entonces era el burro de carga de cualquier desocupado, comía mal y vestía peor. Todos se encontraban con el derecho de mandarme y ordenar mi vida. Al amanecer, en el trabajo; á la una de la tarde, el simulacro de la comida; á las dos, vuelta al yunque, y á las ocho ó las diez de la noche, cuando no podía apenas sostenerme, la libertad se me daba; con esfuerzo supremo llegaba á una pequeña habitación por la que tenía que entregar todos los meses mayor suma que me quedaba de mi mísero salario. Sin energías caía en mi lecho, y sin otras esperanzas que recobrar nuevas energías para cederlas al que las estaba esperando al día siguiente. Esta era mi vida de trabajador.

Ni aire, ni sol, ni tierra me cedían;

sólo carga y más carga, de trabajo superior á las fuerzas del hombre más robusto, eran mis compañeros; si me quejaba de mi suerte y solicitaba auxilio, nadie me escuchaba ni hacía caso á mis exclamaciones. Un día decidí romper el yugo que me sujetaba; desde entonces veo el sol y respiro el aire.

Ni pido ni doy; ni trabajo ni mando trabajar, y mientras al que trabaja como yo trabajé se le trate como á mí se me trató, no volveré á ser lo que fui. Moriré de hambre ó de frío, entonces estaba sujeto á las mismas contingencias. El trabajar no me libraba de no comer, ni del frío mis vestiduras. Y ahora, decidme, vosotros los que me llamáis vago, si las razones expuestas no son suficientemente poderosas para que mi vida sea la de no hacer, en vez de ser la de producir y laborar, único galardón del hombre honrado.

Si no os convencéis será por que vosotros no habréis trabajado nunca y en este caso os concedo que sigáis diciendo lo de siempre:

¿Porqué no trabajas?

¿Vencerán los aliados?

Del prólogo de la obra *Campaña italo-austriaca de 1866 — Custosi y Lissi*, escrita en Octubre de 1900 por el distinguido escritor militar E. C. Ramiran, copio los siguientes párrafos:

«... Inglaterra rara vez ha carecido de un buen General ó de un glorioso Almirante. ¿En qué consiste? Sin duda en que los jefes ingleses han sustituido el genio, patrimonio de muy pocos, por la firme decisión de cumplir con el deber de soldados, sin que jamás fueran parte á estorbarlo estrechas consideraciones dinásticas, personales ó políticas.

»En la guerra franco-germana, la alta dirección de la campaña, por parte de los franceses, se subordinó á las necesidades de la dinastía napoleónica cuarteada en sus cimientos... La finalidad política del alto mando trajo aparejado el desconcierto, los desastres, la catástrofe inmensa; por menuda que los grandes errores de los caudillos franceses, fueron crímenes de lesa patria, sin que lograran por ello tampoco salvar la funesta inda tía de los Bonaparte...

»Otro caso en nuestros días, y pon demás elocuente:

»A nadie se podrá hacer creer que la guerra hispano-americana de 1898, se sostuvo por parte de España con el propósito de vencer á los Estados Unidos de América; no es presumible tan tñia ignorancia, torpeza ó fatuidad. El fin que á mí ver se propusieron los directores de la política espa-

ñola de Madrid, fué salvar á la dinastía reinante; su celo monárquico les cegó, llegando á mezclar el honor y el interés del país con los intereses de una familia y de un régimen, remedan lo en ese proceder á los nobles hijodalgos medioevales, y á los legitimistas de la nueva era que encarnan en la alta personalidad del Rey los altos destinos de la Patria.

Hoy no puede decirse de Francia lo que el escritor militar, cuyos son los párrafos anteriores, dice de la Francia de 1870, y que hoy po ña aplicarse con más fundamento á los ejércitos austriacos.

Por otra parte, en la Inglaterra de hoy vemos la Inglaterra de siempre: la que ha intervenido en el continente á favor del débil, como en 1808 á nuestro lado y en contra de Napoleón, ó á favor de la libertad, como en 1836 al lado de Isabel II y en contra de los caristas. Hoy tiene también Inglaterra *la firme decisión de cumplir con su deber*, como dijo Nelson á sus marinos en Trafalgar.

«Inglaterra, sin la fanfarronería bélica de otros países, puede decir, que desde la Independencia de los Estados Unidos, no ha sido vencida en ninguna campaña, ni aun por Bonaparte, lo que no pueden decir los prusianos aniquilados en Jena; ni los austriacos, vencidos en Marengo, Wagram, Austerlitz, Magenta, Solferino, Sadowa...; ni los turcos reducidos á la impotencia durante el siglo XIX.

Fernando Redondo

CARMIÑA

¡Pobre Carmiña! No salía de casa sino para ir á la iglesia, y en ésta pasábase la mayor parte del día; poco á poco íbase consumiendo sumida en un misticismo religioso; siempre sola, sola y triste; andaba lentamente, sin levantar la vista del suelo, abstraída, al parecer sin preocuparla cosa alguna terrena. ¿Y todo, por qué?... Malas lenguas aseguraban que penaba de amor. Años há, habíase enamorado locamente del señorito Juan, el hijo del señor Roque, uno de los hacendados más ricos del pueblo. ¡El muy perro!... y el caso que también él la quería, más bien, la adoraba; en todas sus cartas preguntaba por ella; pero empeñóse en marchar á la Capital; el pueblo le ahogaba; su inteligencia necesitaba un desarrollo que en el pueblo no podría tener. Y eso que se lo dijo ella: «Juanín, no marches, cuando seamos más mozos nos casamos, pues nuestros padres no se opondrán, los dos somos ricos y nos queremos, verás que felices...» Nada, aferróse á la idea de marchar y marchó; eso sí, juróla que sólo ella sería su esposa.

¡Cuanto lloró Carmiña! Su orgullo de mujer y su amor contrariado en pleno florecimiento, hízola creer que odiaba al hombre que tanto había amado, y antes de marchar rompió con él. Buscó consuelo en los santos, en el rezo continuo... y lejos de hallar-

lo, su imaginación extasiábase con el recuerdo del ser amado.

Cinco años hacía que Juan partió á la ciudad. ¡El pillo! allí ya era nombrado; ¡y escribía en periódicos principales! Ahora, que se hizo un liberalote, con unas ideas muy raras. Al pueblo llegaban escritos suyos, pero el señor cura decía que no se debían leer.

* *

—¡Señorita Carmiña! ¿No sabe la noticia? Pues, el señorito Juan, que ha venido. ¡Y qué guapo, y que mozo! En cuanto llegó preguntó por usted.

—Preguntó por mí, Antonia.

—Sí; y dijo que deseaba verla, y hablarla; y que si usted era consiente que vendría.

Ya iba Carmiña, en su alborozo, á contestar que sí, cuando nuevamente su orgullo, sobreponiéndose á su alegría, la hizo cambiar bruscamente de tono, y respondió:

—No, lo oyes, no; y te prohíbo que vuelvas á contarme nada del señorito Juan; ¿entiendes?

—¡Oh! dispense la señorita; si hubiera pensado que iba á enfandar, nada la dijera. Hasta mañana.

—Adiós, mujer.

Sus ojos volvieron á fijarse en el libro que leía cuando entró Antonia; pero su pensamiento estaba puesto en Juan. ¡Qué tonta! ¿Porqué pensaba en él si le odiaba?... ¡Le ¡odiaba!... no, ya no; ahora le quería, mucho más que antes. La ausencia había aumentado su cariño. ¡La semilla, bien abonada,

daba ahora su flor, soberbia y hermosa, magnífica y sublime!...

* *

—Felices, señorita; ¿está contenta?

—Sí lo estoy, Antonia.

—¡Cuanto me alegro! ¿No enfadará si la digo una cosa? Mire, quería hablarla del señorito Juan.

—Ya te he dicho que no quiero saber na la de él.

—¿Y porqué no? si es muy bueno. Todos le quieren mucho. Seis meses hace que ha venido y el pueblo está cambiado; los mozos no se gastan los dineros en la taberna ni se emborrachan. Verá usted, se ha encargado de administrar las tierras de su padre, y lo primero que ha hecho es dar más soldada á los obreros y hacerlos trabajar menos horas; y por la noche, los enseña á leer y á escribir, y otras cosas que él sabe. Al señor maestro, le da todos los meses una gratificación para que pueda vivir mejor y se tome interés, y á los chicos que van á la escuela los dan de comer por cuenta del señorito.

—Se va á arruinar, como siga así.

—No lo crea; dice mi hombre que ahora, como trabajan con gusto, lo hacen sin levantar cabeza, procurando no desperdiciar nada, y si hay algúna vago, sus compañeros se lo reprenden y afean. Los domingos, vamos todos á la Fuente la Peña á merendar, pero ninguno se emborracha, pues en cuanto se ponen un poco alegres ya no beben más, para que no se enfade el señorito Juan, que también viene á merendar con nosotros.

—Sí, eso está muy bien; pero es un hereje, que no va á misa.

—Y que importa que no vaya si sus acciones son buenas. Ya ve el tío Pablo siempre esta en misa y siempre está borracho. ¡Ah! y no sabe, ahora, como mi hombre gana más y no gasta, yo puedo hacer ahorros en mi arquilla.

—Bueno, ¿era eso todo lo que tenía que decirme?

—Loca de mí, se me olvidaba lo principal. El señorito me dió ésto para usted.

Temblosa cogió Carriña el paquete; febrilmente sus manos desataron la cinta de seda que lo sujetaba y á su vista apareció el contenido. ¡Qué bonito! era un medallón de oro y brillantes; sus tapas aprisionaban el retrato de Juan; inconsciente se lo llevó á los labios, y rompió á llorar... El ruido de pasos la hizo fijarse en la puerta y ¡oh alegría! vió á su novio que se dirigía hacia ella tembloroso. El grito de ¡Mi Juan! se escapó de sus labios, y rápida salió á su encuentro... Sus brazos se entrelazaron, y se oyó el leve chasquido de un beso redentor...

Luis Tous.

EL HIMNO BELGA

El Congreso de Viena (1815) inventó el reino de los Países Bajos bajo la dinastía de Orange que, durante quince años, tiranizó á Bélgica.

En 1830, con ocasión de la revolución de París, estalló en Bruselas un

movimiento revolucionario que poco después había de dar á Bélgica la independencia, gracias á la ayuda de tropas francesas é inglesas.

Entonces nació *La Brabanzona*, el hermoso himno nacional belga, cuya traducción es la siguiente:

«¿Quién lo hubiera creído? Consagrando los espantosos proyectos de la arbitrariedad, un príncipe ha lanzado sobre nosotros los proyectiles de bronce sanginario. ¿Es posible? Si belgas, todo cambia. ¡No más indignos tratados con Nassau! ¡La metralla ha destrozado á Orange *bajo el árbol de la Libertad!*

Demasiado generosa en su cólera, Bélgica, vindicando los derechos de un rey, á quien llamaba su padre, sólo imploraba leyes justas. Pero él, en su extraño furor, por medio del cañón que el hijo ha apuntado, en sangre belga ha ahogado á Orange, *bajo el árbol de la Libertad*

Altivos brabanzones, pueblo de valientes, que se os vea combatir sin ceder; del vergonzoso cetro de los bávaros te libertarán tus balas. Sobre Bruselas, á los pies del Arcángel ha sido enarbolada para siempre tu santa bandera, y orgulloso de reverdecer sin Orange *crece el árbol de la Libertad*.

Y vosotros, objeto de nobles lágrimas, valientes muertos bajo el fuego del cañón, antes que la Patria en armas haya podido conocer al menos vuestros nombres, en la humilde fosa donde yacéis. ¡Dormid, mártires, batallón indomado! ¡Dormid en paz, le-

jos de Orange, *bajo el árbol de la Libertad!*

Curiosa coincidencia; hoy también se bate Bélgica por su libertad que, lo mismo que antaño, conquistará con el concurso de tropas inglesas y francesas, porque bien merecen la victoria los soldados que no atacan la independencia de nadie, sino que defiende la de su país.

F.

MUTACION

Arrullados por el canto cristalino de la linfa de una fuente en surtidor, en la luna y en la paz de clara noche conversábamos de amor.

Mis palabras se vertían en tu oído con cadencias armoniosas, musicales; engarzando en la alba plata de la luna primorosos madrigales.

Suave brisa nos traía los aromas que las flores en la noche derramaban y el ambiente—saturado de misterio—dulcemente embalsamaban...

—No quebrems el silencio de la noche; habla quedo; no te muevas —te decía—; no turbemos esta paz que nos envuelve en amor y en poesía...

Tú callaste; y arrojándote en mis brazos la flor roja de tus labios me ofreciste. Yo besaba, ávidamente, enloquecido por el beso que me diste...

...Y en la luna y en la paz de clara noche arrullados por el canto cristalino de la linfa de una fuente en surtidor, embrujados en un goce peregrino ¡ya no hablábamos de amor!.

César N. Comet

CONSULTA GRATUITA

—Mi consulta es fácil D. Tito; pero no sé si usted podrá dar una solución á ella.

Soy un desdichado, no sirvo para nada, en todo lo que pongo mi mano lo echo á perder. He consumido todas mis relaciones; los amigos que me quedan no hacen caso de lo que les digo; vivo en una situación penosísima; no sé que hacer, he tocado á todos los resortes para vivir sin trabajar, porque el trabajo me molesta mucho, y no se me ocurre absolutamente nada. Si usted no me da una solución, no sé que va á ser de mí.

—¿Le cuesta á usted mucho trabajo mentir y hablar?

—No señor, soy capaz de estar mintiendo toda una eternidad y otra hablando.

—Pues ya tiene usted resuelto el problema.

—¿De veras, D. Tito, de veras?

—Y tanto. Desde mañana, ó desde ahora mismo, sienta usted plaza de político, porque el mentir y el hablar mucho son las dos mejores cualidades que se necesitan en esa *brillantísima* carrera.

—¡Maravilloso! ¡Qué idea! ¿En qué partido le parece que siente plaza, como usted dice, para poder subir antes?

—Aquí está lo difícil del caso, porque en todos los partidos hay personalidades con las mismas facultades que usted tiene; pero ésto también

tiene su arreglo; forma usted otro partido político, y uno más creo que no perjudicará mucho á los ya fundados.

—Desde este momento me erijo jefe.

—Que sea enhorabuena.

Tito

Biblioteca de LOS QUIJOTES

Volúms.

Pesetas.

- 1 El reverso del discurso de Maurra ó la paja en el ojo ajeno.

por E. Barriobero y Herrán... 1,00

A los suscriptores de LOS QUIJOTES 25 por 100 de descuento.

Cuentos Infantiles

100 surtidos 1,50 pesetas.

500 — 6,00 —

1000 — 10.00 —

En la 4.^a plana de cubiertas puede usted anunciar su establecimiento ó sus artículos, sin que por ésto aumenten los precios arriba indicados.

LOS PEDIDOS A

E. G. LINERA

Pasaje del Comercio, 8

MADRID

Tip. de «Los Quijotes», Pasaje del Comercio, 8.—Madrid

jeron; y así tuviese por cierto y averiguado que todos los caballeros andantes (de que tantos libros están llenos y apretados) llevaban bien horradas las bolsas por lo que pudiese sucederles, y que asimismo llevaban camisas y una arqueta pequeña llena de ungüentos para curar las heridas que recibían, porque no todas veces en los campos y desiertos donde se combatían y salían heridos había quien los curase, si ya no era que tenían algún sabio encantador por amigo, que luego los socorria trayendo por el aire en alguna nube alguna doncella ó enano con alguna redoma de agua de tal virtud, que en gustando alguna gota de ella luego al punto quedaban sanos de sus llagas y heridas como si mal alguno no hubiesen tenido: mas que en tanto que esto no hubiese, tuvieron los pasados caballeros por cosa cierta que sus escuderos fuesen proveídos de dineros y de otras cosas necesarias, como eran hilas y ungüentos para curarse: y cuando sucedía que los tales caballeros no tenían escuderos (que eran pocas y raras veces) ellos mismos lo llevaban en unas alforjas muy suaves, que casi no se parecían, á las ancas del caballo, como que era otra cosa de mas importancia: porque no siendo por ocasión semejante, esto de llevar alforjas no fue muy admitido entre los caballeros andantes; y por esto le daba por consejo (pues aun se lo podía mandar como á su alhajado que tan presto lo había de ser) que no caminase de allí adelante sin dineros y sin las prevenciones recibidas, y que vería cuán bien se hallaba con ellas cuando menos se pensase. Prometiéndole don Quijote de hacer lo que se le aconsejaba con toda puntualidad; y así se dio luego orden como velase las armas en un corral grande que á un lado de la venta

gobierno de las tripas. Pusiéronle la mesa á la puerta de la venta por el fresco, y tújole el huésped una porción del mal remojado y peor cocido bacallao, y un pan tan negro y mugriento como sus armas: pero era materia de grande risa verle comer, porque como tenía puesta la celada y alzada la visera, no podía poner nada en la boca con sus manos si otro no se lo daba y ponía, y así una de aquellas señoras servía deste menester; mas al darle de beber no fue posible, ni lo fuera si el ventero no horadara una caña, y puesto el un cabo en la boca, por el otro le iba echando el vino: y todo esto lo recibía en paciencia á trueco de no romper las cintas de la celada. Estando en esto llegó acá á la venta un castrador de puercos, y así como llegó sonó su silvato de cañas cuatro ó cinco veces, con lo cual acabó de confirmar don Quijote que estaba en algún famoso castillo y que le servían con música, y que el abadejo eran truechas, el pan candial, y las ramerías damas, y el ventero castellano del castillo, y con esto daba por bien empleada su determinación y salida. Mas lo que más le fatigaba era el no verse armado caballero, por parecerle que no se podría poner legítimamente en aventura alguna sin recibir la orden de caballería.

CAPITULO III

De la graciosa manera que tuvo don Quijote en armarse caballero.

Y así fatigado deste pensamiento abrevió su ventrillo y limitada cena, la cual acabada llamó al ventero, y encerrándose con él en la caballeriza se hincó

de rodillas ante él diciéndole: no me levantaré jamás de donde estoy, valeroso caballero, fasta que la vuestra cortesía me otorgue un don que pedirle quiero, el cual restundará en alabanza vuestra y en pro del género humano. El venturo que vió á su huésped á sus pies, y oyó semejantes razones, estaba confuso mirándole sin saber qué hacerse ni decirle, y porfiaba con él que se levantase, y jamas quiso hasta que le hubo de decir que él le otorgaba el don que le pedía. No esperaba yo menos de la gran magnificencia vuestra, señor mío, respondió don Quijote; y así os digo que el don que os he pedido y de vuestra libertad me ha sido otorgado, es que mañana en aquella noche habeis de armar caballero, y esta noche en la capilla deste vuestro castillo velaré las armas, y mañana como tengo dicho se cumplirá lo que tanto deseo, para poder, como se debe, ir por todas las cuatro partes del mundo buscando las aventuras en pro de los menesterosos, como está á cargo de la caballería, y de los caballeros andantes como yo soy, cuyo deseo á semejantes fazañas es inclinado. El venturo, que como está dicho era un poco socarrón y ya tenía algunos barruntos de la falta de juicio de su huésped, acabó de creerlo cuando acabó de oír semejantes razones, y por tener que reír aquella noche determinó de seguirle el humor; y así le dijo que andaba muy acertado en lo que deseaba, y que tal presupuesto era propio y natural de los caballeros tan principiales como él parecía y como su gallarda presencia mostraba, y que él ansimismo en los años de su mocedad se había dado á aquel honroso ejercicio andando por diversas partes del mundo buscando sus aventuras, sin que hubiese dejado los percheles de

Málaga, islas de Rinaran, compas de Sevilla, azoguejo de Segovia, la olivera de Valencia, rondilla de Granada, playa de Sanlúcar, potro de Córdoba, y las ventillas de Toledo, y otras diversas partes donde había ejercitado la ligereza de sus pies y sutileza de sus manos, haciendo muchos muertos, recustando muchos viudas, deshaciendo algunas doncellas, y engañando á algunos pupilos, y finalmente dándose á conocer por cuantas audiencias y tribunales hay casi en toda España; y que á lo último se había venido á recoger á aquel su castillo, donde vivía con su hacienda y con las agenas, recogiendo en él á todos los caballeros andantes de cualquier calidad y condicion que fuesen, solo por la mucha afición que les tenía, y porque partiesen con él de sus haberes en pago de su buen deseo. Dijo también que en aquel su castillo no había capilla alguna donde poder velar las armas, porque estaba derribada para hacerla de nuevo; pero que en caso de necesidad él sabía que se podrían velar dondequiera, y que aquella noche las podría velar en un patio del castillo, que á la mañana, siendo Dios servido, se harían las debidas ceremonias de manera que él quedase armado caballero, y tan caballero que no pudiese ser mas en el mundo. Preguntóle si traía dineros: respondió don Quijote que no traía blanca, porque él nunca había leído en las historias de los caballeros andantes que ninguno los hubiese traído. A esto dijo el venturo que se engañaba, que puesto caso que en las historias no se escribía, por habérles parecido á los autores dellas que no era menester escribir una cosa tan clara y tan necesaria de traerse, como eran dineros y camisas limpias, no por eso se había de creer que no los tu-